

de que una teoría no epistémica como el superevaluacionismo puede sostener la relación de que el significado sobreviene al uso sin comprometerse con fronteras precisas. La cuestión de cómo se determinan las extensiones (precisas) de los predicados es, según Keefe, una asignatura pendiente para los defensores de la teoría epistémica.

De la propia aportación que la autora hace a las teorías de la vaguedad hay que destacar su particular defensa del superevaluacionismo. Como era de esperar, Keefe opina que el superevaluacionismo es la teoría que mejor guarda, con mucha ventaja sobre las demás, el *reflective equilibrium*. En principio, la única intuición con la que rompe el superevaluacionismo sería la falsedad de la premisa de inducción del *sorites* (sin que esto le comprometa con fronteras precisas). Pero, ¿qué hay de la vaguedad de orden superior? La autora defiende una forma de superevaluacionismo que trata de acomodar este problema a través de la introducción de un metalenguaje que sea él mismo vago. En el último capítulo trata de defender esta solución de todas las acusaciones que caen sobre ella como las de trivialidad o circularidad. En concreto, la introducción de un metalenguaje vago parece que deja incompleta la tarea de aportar las condiciones de verdad del lenguaje vago. Por otro lado, la posibilidad de argumentos soríticos con expresiones del metalenguaje (del tipo “p es una precisificación admisible”) parece forzar a una iteración al infinito o al compromiso con fronteras precisas que concluyan tal iteración. Aunque la autora trata de dar respuesta a estas cuestiones, creo que el tema sigue abierto y es justamente en la capacidad de acomodar la vaguedad de orden superior donde el superevaluacionismo se juega buena parte del *reflective equilibrium*.

Pablo Cobreros Bordenave

Müller-Doohm, Stefan; *Das Interesse der Vernunft. Rückblicke auf das Werk von Jürgen Habermas seit Erkenntnis und Interesse*, Suhrkamp, Frankfurt, 2000, 602 págs.

Habermas, en *Conocimiento e interés*, hizo tres aportaciones al giro lingüístico ocurrido en todas las tradiciones de pensamiento de la filosofía analítica y hermenéutica contemporánea, incluida ahora también la propia

teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. En su opinión, Habermas hizo tres aportaciones decisivas a este respecto, según Stefan Müller-Doohm.

1) *La renovación de la teoría crítica*. Propuso aportaciones antropológicas y epistemológicas muy innovadoras, separando tres ámbitos de conocimiento y de acción internamente complementarios, que le permitieron introducir una subalternación entre los distintos tipos de normatividad social, como ahora señalan Kieserling, Giegel, el propio Müller-Doohm, Bonacker, Dews y Detel.

2) *La validez de la ciencia y del conocimiento*. Habermas mantuvo la separación de Max Scheler entre estos tres tipos de interés y conocimiento. De este modo, articuló distintas ramas de la sociología que hasta entonces estaban separadas, como la sociología comprensiva de Max Weber, el dualismo metodológico de P. Winch y otros analíticos, la filosofía hermenéutica de Gadamer, la subalternación de niveles de Giddens, el pragmatismo de Peirce, o el propio psicoanálisis, como ahora señalan Garz, Outhwaite, Power, Peters, Bohman, Larmore, Sukale y Schuelein.

3) *La relación teoría y ciencia*. Se justifica el carácter *abierto* de esta articulación entre conocimiento e interés: el así llamado efecto Auschwitz y el consiguiente sentido de culpa, impide cualquier posible culminación de una posible reconstrucción del hecho de la razón práctica, como ahora sugieren Oevermann, Guenter, Blanke, Thyen. En la conclusión, Görzen incorpora una bibliografía comentada biográficamente.

Para concluir una reflexión crítica: En la presentación Jürgen Habermas marca distancias con sus propuestas juveniles en *Conocimiento e interés*. Reconoce que las propuestas de Apel le permitieron en cambio llevar a cabo una nueva relectura de Hegel, Marx, Peirce, Dilthey, Freud, por no citar también a Wittgenstein, Heidegger, Popper, Gadamer o Max Weber, que a todas luces terminó siendo básica para todos, incluido el mismo. Sin quedar anclado en los planteamientos reaccionarios de Arnold Gehlen, pero sin rechazar tampoco la crítica de las ideologías de orientación analítica, como fue el caso de P. Winch. De este modo, pudo recurrir a Max Weber y Peirce para llevar a cabo un análisis de las condiciones de sentido y validez de sus propias propuestas, como exigía un análisis metacrítico como el que estaba proponiendo. Es un gesto con un amigo que dice mucho en favor de Habermas, aunque hubo muchas más discrepancias entre ellos.

Carlos Ortiz de Landázuri